EL ADELANTO DE SALAMANCA
SALAMANCA
23/03/11
Prensa: Diaria
Tirada: 6.414 Ejemplares
Difusión: 4.865 Ejemplares
Página: 36
Sección: OTROS Valor: 441,00 € Área (cm2): 280,2 Ocupación: 30,94 % Documento: 1/1 Cód: 45700065

LA OPINIÓN

FERNANDO SÁNCHEZ

La fuerza de la naturaleza

No hace mucho tiempo, comentaba en este periódico las excelencias del Centro Cultural Hispano-Japonés, la intensa relación de la Universidad de Salamanca con Japón y las andanzas, con sano humor, de mi mujer y mías en nuestro periplo por la zona. Mucho siento tener que volver a hablar de la tierra nipona, en la que desgraciadamente, ese precioso sol naciente no sale estos días con tanta fuerza y belleza. Como era de esperar en instituciones de bien, ante la situación desencadenada sobre todo por el tsunami del pasado 11 de marzo en Japón, la Universidad de Salamanca ha puesto a disposición de la comunidad universitaria y del público general, un número de cuenta a través del cual se podrán realizar aportaciones solidarias. Los muertos y desparecidos son muchos miles, y se ampliará la cifra no lo duden, los daños materiales incuantificables y, por si éramos pocos, el dato añadido del peligro nuclear asusta y mucho, situación que debe hacernos reflexionar si vale la pena correr los riesgos y si debemos hacer mayores esfuerzos para buscar otro tipo de alternativas solares, eólicas, o geotérmicas, más caras, pero seguras.

En nuestra Universidad en la actualidad cursan estudios alrededor de unos cuarenta alumnos japoneses, más otros veinte nuestros que están allí. No queda otra, pues, que unirse a las muestras de apoyo al país oriental esperando que a través de la ayuda internacional se puedan minimizar los daños producidos por esta catástrofe. Malos años llevamos últimamente en lo que a terremotos de gran magnitud se refiere, sin dar tiempo a la comunidad internacional a recuperarse. Basta con pensar en Haití, en Chile y ahora en Japón, con el matiz de que este último era un país en teoría desarrollado y preparado para este tipo de catástrofes.

Nadie podrá dudar que la fuerza de la naturaleza sigue siendo mayor que la del hombre, por mucho que nos empeñemos en creer lo contrario, y que cuando la furia de la tierra se desata, los humanos parecemos ridículos pigmeos y nuestras grandes obras, orgullo de generaciones, pueblos y hasta estirpes, semejan construcciones de papel que un niño pequeño puede aplastar con su mano. Sumemos además que los más recientes terremotos, tsunamis y otras calamidades han aumentado su intensidad y que hemos cambiado dónde vivimos y cómo vivimos, bien porque la tecnología lo permite (Japón), o porque la pobreza lo exige (Haití). Hemos edificado en zonas inundables, desiertos áridos, laderas escarpadas, creando áreas frágiles en zonas que tiemblan con una frecuencia alarmante. Las consecuencias son bien visibles por mucha potencia económica que se sea, por mucha construcción anti-sísmica que se haga, por muchas medidas que se tomen.

Siempre he admirado la naturaleza al máximo, he observado su belleza en mis viajes por todo el mundo y no les mentiré afirmando que desde que tengo uso de razón la he tenido y la tengo miedo. Si hay un elemento que me produce particular respeto es el agua, porque su fuerza es incontrolable. Piensen en situaciones absolutamente menores comparadas con un tsunami como puede ser el poder de un río, capaz en el sitio menos pensado de arrastrar y ahogar humanos y ganado como si de muñecos de juguete se trataran. Son ya habituales las imágenes de inundaciones en pueblos andaluces por desbordamientos de arroyos, que ni a ríos llegan, coches y personas arrastrados en campings por torrenteras que llevaban secas decenas y decenas de años, playas españolas destrozadas por olas en teoría no muy grandes, con el agravante de que estas desgracias ocurren ya un año sí y otro también y nada, ni nadie, es capaz de hacer que el agua vaya por su cauce. Cosas ínfimas, casi tontas, como que un remolino encima de una poza te atrape en un río o que la resaca de una mar aparentemente normal te arrastre hacia dentro, puede suponer a un buen nadador como yo algo más que un susto, y un muy mal rato.

Nada que hacer pues, como hemos visto en Japón, ante una masa de agua a cientos de kilómetros por hora y con varios metros de altura. Asumamos que la naturaleza es indomable y obremos en consecuencia, adaptémonos nosotros a ella, nunca ella a nosotros. Es más poderosa. ■